

A halftone-style portrait of Vicente Guerrero, a Mexican revolutionary leader. He is shown from the chest up, wearing a dark blue coat with a red fur collar and a green sash. He has dark, curly hair and a serious expression. The background is a light blue and pink halftone pattern.

VICENTE GUERRERO:

LA LUCHA POR LA LIBERTAD

Mario Tapia Celis



Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



**MÉXICO
2010**



VICENTE GUERRERO: LA LUCHA POR LA LIBERTAD

Mario Tapia Celis

SU ROSTRO OSCURO Y SU MIRADA PROFUNDA NO DABAN oportunidad a la duda. Su padre, quien desde siempre había estado a favor de los españoles y los realistas, sabía que la plática no sería fácil. El mensaje que llevaba al insurgente del sur del país era claro: dejar las armas para siempre. El propio virrey le había solicitado ir con su hijo y hacerle saber que, en caso de aceptar, ganaría privilegios y dinero. Lo único que Vicente Guerrero tenía que hacer era renunciar a lo que había estado haciendo durante tanto tiempo: luchar por la libertad.

El año era por demás complicado. Aquel 1816, el ejército realista había conseguido victorias muy importantes; prácticamente había aniquilado el movimiento insurgente iniciado varios años atrás por Miguel Hidalgo y continuado por José María Morelos. Pero nada de ello desanimó al sureño. Sin pensarlo mucho, Vicente Guerrero dijo entonces la frase que lo ha marcado en la

eternidad: “La patria es Primero”. Su lucha estaba destinada a continuar.

Era uno de los pocos que mantenían vivo el movimiento. Sobre sus hombros pesaba casi en su totalidad el futuro de la insurgencia. Como buen rebelde, convencido de la lucha en que se batía, no dejaría de pelear hasta las últimas consecuencias. Así había sido educado por los campos de batalla.

Vicente Ramón Guerrero Saldaña había nacido en una humilde familia del sur del país en los primeros días de agosto de 1783. Tixtla, su ciudad natal, lo vería crecer como lo que era: un aguerrido mestizo con fuertes facciones negras. Era un mulato sin mucha educación, alto y fornido, con nariz aguileña y ojos atentos. No había recibido ninguna instrucción más que la de la tierra, pues desde pequeño se había dedicado a la agricultura y la arriería. Eso fue suficiente para que comprendiera los ideales de justicia y libertad. Y fue por ello que en 1811, cuando las tropas de José María Morelos pasaron por su pueblo, tomó sus cosas y se fue hacia la guerra contra los españoles, pese a la opinión de sus propios padres. Tras él dejó una vida hecha, a sus familiares más queridos y a su hija María Nieves, fruto de su matrimonio con una mujer

de nombre Natividad. El llamado a la lucha por la libertad se había convertido en su obligación moral.

A partir de ese momento comenzó una de las carreras militares más exitosas y brillantes de aquellas épocas. Bajo las órdenes de Hermenegildo Galeana, como un simple soldado, Guerrero empezó a aprender lo que significaba formar parte de un movimiento como el independentista. Su instrucción militar era prácticamente nula; fue en cada batalla donde aprendió a defender y a atacar, a moverse por el campo en busca de una mejor posición para vencer al enemigo, y también a apoyarse en sus compañeros de armas para superar cualquier barrera que ponía el bando contrario.

Desde los primeros instantes, su inteligencia y coraje fueron notorios. En la batalla de Izúcar, del 23 de febrero de 1812, logró vencer al brigadier Llano, lo que le valió su ascenso a capitán. El joven, que pronto se ganó la confianza de Galeana, comenzó a hacerse notorio ante los ojos del gran líder de la región: el cura José María Morelos y Pavón.

Ya bajo el mando de Morelos, Guerrero combatió con éxito en el sur de Puebla, hasta que llegó la derrota de Puruarán, que fue un duro golpe a las aspiraciones del movimiento. Entonces se le envió a luchar en el sur,

en lo que hoy son los estados de Guerrero y Oaxaca; en esta región donde, además de lograr sus más destacadas victorias, formaría su centro de operaciones.

Vicente Guerrero conocía la zona como pocos. Desde pequeño había transitado por sus senderos, y su carisma le ayudaba a hacerse amigo de todos los habitantes de aquellos lugares. No pasó mucho tiempo para que otros costeños se le unieran. Pronto demostraron tener poco respeto al miedo. Las tropas que iban juntándose en torno a Guerrero comenzaban a ganar fama de lanzarse a la batalla sin importarles nada. No tenían armas de largo alcance, pero sus machetes, garrotes y bayonetas eran suficientes para enfrentar a cualquier enemigo. Incluso los jefes realistas más renombrados supieron lo que significaba la derrota tras combatir contra Guerrero y sus costeños. Algunos no comprendían por qué habían sido derrotados por hombres que apenas sabían algo de asuntos militares. Pero la fuerza y el coraje de los independentistas eran mucho mayores que los de las tropas realistas, quienes comenzaron a temer la furia de los costeños.

La lealtad de Guerrero estaba con Hermenegildo Galeana y José María Morelos. Sin embargo, pronto empezaron a surgir hombres que buscaban en la po-

lítica lo que no podían conseguir en la guerra. Estos personajes intentaron dar cauce a la lucha por la independencia y fueron necesarios para el futuro del movimiento. Pero su falta de experiencia en los campos de batalla complicaron la situación. Guerrero se dio cuenta de ello muy pronto.

Nuevos apellidos habían llegado a las filas independentistas en el sur. Guerrero intentó unirse a Ramón Sesma, a quien, por instrucciones del propio Morelos, debía dar apoyo para capturar poblaciones del sur del país. Sin embargo, la presencia de Guerrero fue para Sesma más una amenaza que un auxilio. De inmediato decidió ponerlo bajo las órdenes de Juan Nepomuceno Rosains, quien tampoco tenía grandes facultades para la guerra. Cuando Guerrero se puso en marcha para reunirse con su nuevo jefe, leyó unas cartas de Sesma a Rosains en que le decía a éste no confiar en Guerrero, y que bajo ninguna circunstancia le diera cargos importantes. La traición le dolió al sureño, quien decidió no acudir a las órdenes de Rosains. En lugar de eso se dirigió al cerro de Papalotla, desde donde inició la organización de su propio batallón para enfrentar por su cuenta a las tropas realistas.



la Patria

es Primero

...ste un am...
...mento tanto de
...mo de seguridad, de
...ya habíamos comentado
...s anteriores.
...pena mencionar que ade...
...quipo, las cifras respaldan
...de seguridad y prueba de
...s 5 estrellas (máximo ni...
...National Highway Tra...
...Administration de Esta...
...le ha otorgado tanto en

...os de
...le v...
...con
...de
...en
...lota
...o.
...os de
...nejo entusiasta o de un
...do con el pedal de ac...
...como con combinaciones de uso de
...varios miembros del equipo de prue...
...bas, el resultado del rendimiento re...
...sultó sobresaliente, al casi dar los 10
...kilómetros por litro.
...También vale la pena mencionar
...que durante todos los recorridos el

...es
...La ac...
...ncontrat...
...evar 5?
...Vale
...ape de...
...adros
...tanque de 62 litros
...s, lo que mejora su auto...
...prolongando los tiempos de recar...
...ga de combustible.
...Con un precio de 772 pesos por
...litro de gasolina Magna, tenemos
...que el costo por kilómetro recorrido
...en ciudad por el Escape fue de 1.27
...pesos. Bastante atractivo para un ve...
...hículo de sus características.

COSTO...
CAPACIDAD DEL TANQUE...
COSTO TANQUE LLEN...

A partir de entonces, Vicente Guerrero se fue apartando de los demás caudillos insurgentes. Esto se hizo más notorio tras la muerte de Morelos en 1815. Sin embargo, Guerrero había encontrado el apoyo fundamental de cientos de sureños. Habiendo derrotado a Llano, poco después cayeron frente a él otros importantes jefes realistas como José de la Peña, Lamadrid, Armijo y Samaniego. Pocos podían con la temeridad de Guerrero y sus soldados.

Y es que luchaba como si cada pelea fuera la última. En varias ocasiones, aun teniendo inferioridad numérica y utilizando como armas simples garrotes, conseguía vencer a los realistas. Hubo enfrentamientos en que sus huestes pelearon cuerpo a cuerpo hasta por cuatro días consecutivos. El propio Guerrero, quien también se valía del uso del arma blanca, recibió disparos a quemarropa que no lograron arrebatarse la vida.

Guerrero venció y fue derrotado en diversas ocasiones. Con el tiempo su tierra sureña se convirtió en el foco de insurgencia más importante en todo el país, y para 1819 habían pasado ocho años sin darle descanso al ejército realista. Sin embargo, el movimiento estaba fracturado. Fue por ello que el sureño intentó darle un proyecto político bajo el cual los distintos grupos que

luchaban contra los realistas se pudieran unir en un solo movimiento como el iniciado por el cura Hidalgo. Buscó reordenar a sus tropas, que se habían acostumbrado a luchar sin otra táctica que la de la guerrilla, que consistía en atacar a los realistas con acciones rápidas y contundentes, aniquilando y desapareciendo. Para ello, Guerrero viajó con sus soldados hacia Michoacán, donde la insurgencia menguaba. Después de varias victorias y no pocas derrotas, a mediados de año logró tener el control de la región. Pero el ejército español no estaba dispuesto a dejar el poder en aquella zona.

Los ataques realistas se fueron incrementando conforme pasaron los meses. Con apuros, Guerrero logró salvarse hasta noviembre, cuando perdió frente a uno de los más importantes jefes realistas. La derrota le habría de costar caro, pues se vio obligado a dejar suelos michoacanos y a regresar a tierras familiares. Una vez más, el incansable Guerrero no habría de rendirse. Su lucha estaba destinada a continuar.

Guerrero siguió su batalla sin interrupción, pero sin lograr victorias que definieran el rumbo de la insurgencia. Para finales de 1820, el panorama del movimiento se veía oscuro. Mayormente cuando uno de los más destacados jefes realistas, Agustín de Iturbide, había sido

nombrado comandante en jefe del Ejército del Sur, con instrucciones específicas de derrotar, de una vez y para siempre, al mulato que tantos dolores de cabeza estaba causando en la capital de la Nueva España.

El joven Iturbide gozaba de gran fama como militar. Desde el inicio de la guerra de independencia había vencido a la mayoría de los jefes insurgentes. Nacido en Valladolid —hoy Morelia, Michoacán—, este militar contaba con la experiencia necesaria para terminar con la insurgencia. Pero desde meses antes se le había clavado una espinita que no lo dejaba tranquilo: su pasado criollo contradecía su carrera como realista. La razón le decía que la Nueva España tenía que cambiar. Pronto decidió tomar un camino completamente distinto del que había recorrido en años anteriores. Con esta idea en mente, Iturbide y los realistas a su cargo marcharon rumbo al sur para buscar a aquel rebelde sureño.

En los primeros días de 1821 llegó una carta a manos de Guerrero. Se trataba de Iturbide, quien le pedía que dejara las armas y aceptara el perdón del propio virrey. La respuesta, como era de esperarse, fue negativa. Además, don Vicente añadió que no dejaría de batallar hasta que el país fuera independiente. Quería dejar en claro a aquel jefe realista que su lucha no tenía precio.

Fue por ello que la respuesta debió sorprenderlo. Iturbide le pidió que se reunieran para poder hablar sobre alguna forma de que el país fuera libre e independiente. Guerrero no supo si confiar en la palabra de un realista que había luchado tantas veces contra la insurgencia. También sabía que el movimiento había alcanzado a un punto en que no llegaría por sí solo a ningún lugar. Así que decidió mandar a uno de sus más cercanos colaboradores a la cita con Iturbide.

Las negociaciones entre ambos bandos comenzaron. Al final, Guerrero se convenció de que Agustín de Iturbide realmente pretendía independizar al país, conformar un imperio mexicano bajo el mando de Fernando VII —rey de España— o alguno de sus familiares, lograr la igualdad entre todas las clases y razas y proteger la religión. Eran los mismos objetivos por los que la lucha independentista había comenzado. Así que decidió apoyar al realista.

Ambos personajes no se vieron hasta los primeros días del mes de marzo en Acatempan, donde se dieron un abrazo como muestra de que las divisiones habían dejado de existir. El ejército, formado por insurgentes y realistas, comenzó a marchar hacia el centro del país. Desde ese momento, Guerrero se convirtió en partidario del

Plan de Iguala, firmado el 24 de febrero, y formó parte fundamental del Ejército Trigarante, que habría de entrar victorioso a la Ciudad de México el 27 de septiembre de 1821, logrando con ello la independencia del país.

La lucha de Guerrero, sin embargo, aún no terminaría. El imperio de Iturbide, al cual había aplaudido en primera instancia, le pareció contrario a los intereses de la patria y lo combatió como general de división junto a Nicolás Bravo. Tiempo después, con Guadalupe Victoria como presidente, enfrentaría a Bravo. En aquellos tiempos las lealtades cambiaban con mucha frecuencia.

Para 1828, la presidencia parecía destinada a ser suya. Sin embargo, en las elecciones fue derrotado por Manuel Gómez Pedraza, razón por la cual se produjo un alzamiento que culminó con el ascenso de don Vicente a la presidencia. Ocupó el puesto en abril de 1829 hasta que el Congreso lo declaró imposibilitado para gobernar por problemas políticos. Guerrero saldría entonces por la puerta trasera de Palacio Nacional el 16 de diciembre.

Sin embargo, nadie le había enseñado a dejar de luchar. De inmediato, de vuelta en sus conocidos territorios del sur, comenzó una lucha armada contra el orden impuesto de Anastasio Bustamante. Durante todo

1830, la rebelión no pudo ser sofocada. Fue entonces cuando el gobierno se dio cuenta de que no había forma de vencerlo sino mediante la traición.

Una tarde de enero de 1831 Guerrero fue invitado a comer por un marino genovés de nombre Francisco Picaluga a bordo del bergantín *El Colombo*, invitación que fue aceptada sin reserva alguna. Don Vicente subió confiadamente a la embarcación. Ya en alta mar, Picaluga lo aprehendió y lo trasladó a Huatulco, en la costa oaxaqueña, donde fue entregado al capitán Miguel González, quien a su vez lo condujo a Oaxaca.

Vicente Guerrero fue enjuiciado y condenado al fusilamiento, el cual se efectuó en la villa de Cuilapan la mañana del 14 de febrero de 1831.

Además de ser uno de los militares más destacados de la insurgencia y de luchar por mantener vivo el movimiento en los tiempos más complicados, fue, junto con Iturbide, el verdadero promotor de la consumación de la independencia de México.

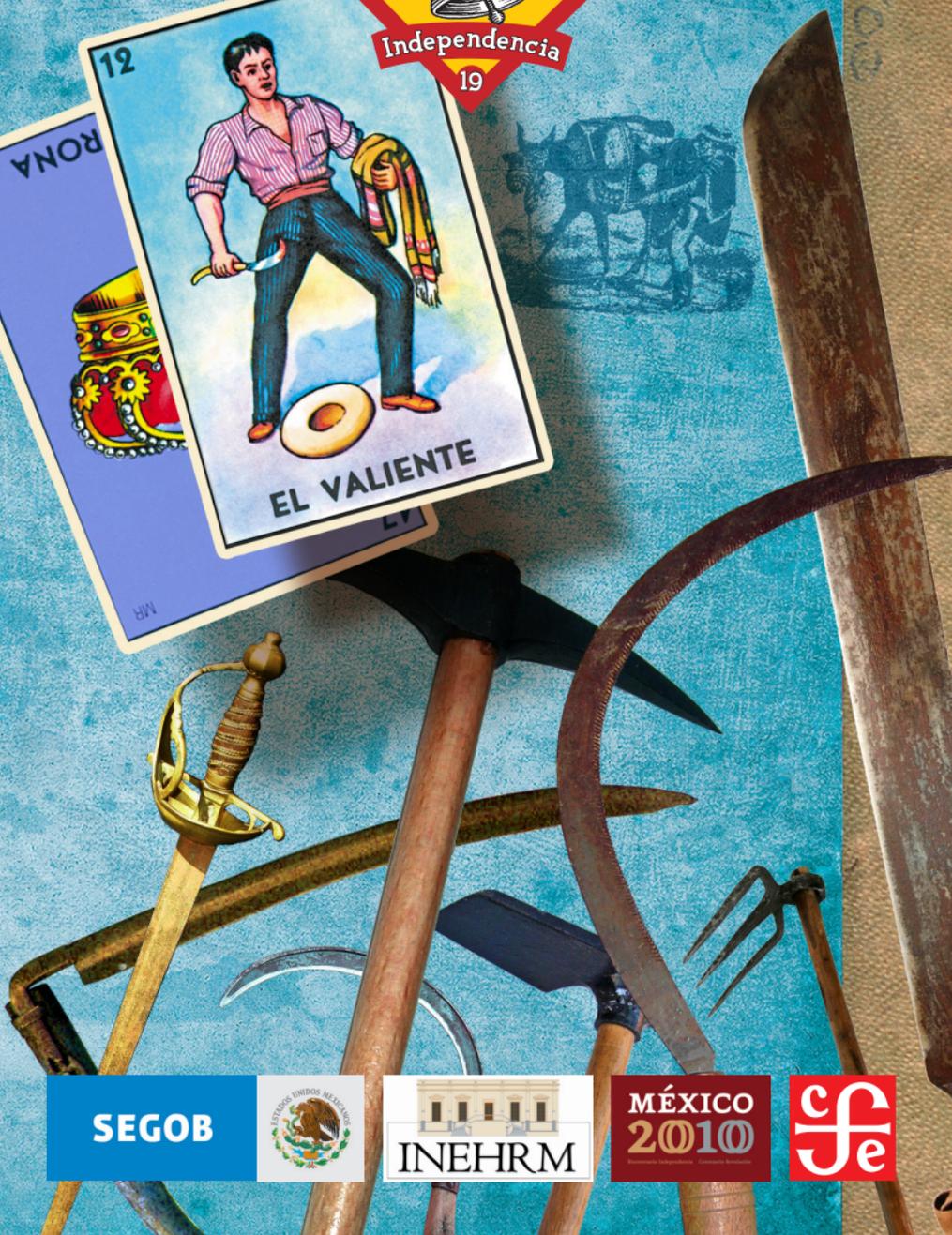




Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010

